

En las crisis, transparencia y lucidez

La actual crisis económica, desencadenada por los altos índices de especulación financiera, nos obliga sin lugar a dudas a pensar y a continuar el análisis iniciado por Jürgen Habermas hace algunos lustros sobre la propia naturaleza conceptual de las crisis. De una parte, la nuestra es una crisis clásica, en términos marxianos, en la que la especulación bursátil, la economía “inmaterilizada”, el efecto irrealidad provocado por las nuevas tecnologías, la división internacional del trabajo y otros muchos factores que se nos escapan, han venido a dar al traste con la última manifestación del optimismo histórico: la del triunfo de una modernidad creciente e imparable. Pocos se atrevían a opinar de manera distintas antes del comienzo de la crisis. La “sociedad del espectáculo”, en el profundo sentido que otorgó a este término Guy Débord, ha llegado a su punto de fragmentación. Sumergidos en una hiperrealidad virtual, de efectos paradójicos sobre las conciencias, ha acabado disolviéndose en unas yoidades eclécticas y diletantes, haciéndonos más vulnerables e incapaces de enfrentarnos a realidades problemáticas que, por otro lado, son problemas muy parecidos a los que se enfrentaron otras sociedades más frugales en sus medios, y por ende más ejercitadas en las resistencias. La crisis, pues, no es sólo material, es una crisis de las representaciones, que los clérigos llaman espiritual llevando el agua a su interesado molino.

Del poder de *l'imaginaire* fueron conscientes todos los sociólogos europeos desde los orígenes de su disciplina. El positivismo no quería ser un estrecho empirismo, sino la captura del hecho social, en el cual lo ideal era un capítulo esencial. Pasiones, ideas-fuerza, inconsciente, sueño, totemismo, formas elementales de la vida religiosa, psicología de masas, memoria social y colectiva, ideología, régimen de las imágenes... Todos son términos que nos remiten en las ciencias sociales y humanas al universo imaginario y a sus diferentes registros. La importancia de las ciencias sociales proviene precisamente de la posibilidad de lanzar apuestas interpretativas, y proponer soluciones viables. Los países más avanzados en términos económicos y democráticos han otorgado un lugar central a las ciencias sociales en relación con la gestión de lo colectivo, no tanto con la fatalidad e impostura de las encuestas de opinión pública, sino en clave imaginaria.

En tiempos de crisis las ciencias sociales se vuelven centrales. El hecho de que los marxistas alemanes de los años veinte y treinta no fuesen capaces de captar que el ascenso del nazismo no estaba ligado a la crisis económica sólo, sino a una pulsión propia de la psicología de masas, fue uno de los motivos para que no se supiese inter-

pretar colectivamente la extraña naturaleza del fascismo, y con el desnorte por horizonte se facilitase así el triunfo nazi. La escuela de Frankfurt, trasplantada a Estados Unidos para sobrevivir, comprendió mucho mejor el problema, y dando un giro trascendental al marxismo, se unió a otras escuelas interpretativas, con el fin de conseguir llevar a cabo una desnazificación completa de la Alemania de posguerra. De ahí surgieron nociones como personalidad autoritaria, espacio público, acción comunicativa o patriotismo constitucional, que tanto han dado de sí para desarrollar el concepto democrático.

Las ciencias sociales en situaciones como la presente, u otras que podamos aventurar, sirven precisamente no tanto para llevar a cabo el llamado deber de memoria, con sus excesos a veces pueriles, o para ejercer el deber de olvido, igualmente con sus exageradas amnesias, sino para mantenerse alerta con el deber de lucidez. Ayudan a mantener la transparencia interpretativa de los ciudadanos, clave según el economista Amartya Sen, para lograr resurgir del agujero negro de las crisis provocadas por desastres naturales o inconsistencias humanas. Precisamente, las crisis deben servir para agudizar el olfato y lograr establecer un nuevo modelo interpretativo de los problemas actuales, de naturaleza y dimensiones muy opacas. Con toda probabilidad no conseguiremos saber lo que es la crisis en sí misma, pero sí podremos aprender a mirarla de frente sin falsos atajos, preguntándonos sobre cuestiones de relevancia.